

Espíritu AnarcoFeminista

Tonatiuh Gallardo Núñez
Facultad de Psicología, UNAM
México, DF
bandulu@hotmail.com

*“La historia del lenguaje es la historia
de la complejización de las metáforas.”
(Fernández, 309, fin de siglo)*

Últimamente me he dedicado a una tarea que para muchos podría resultar sencilla, sin muchas implicaciones o responsabilidades, tal vez hasta ociosa. No me importa, a mi me encanta y en ningún momento cuestiono su funcionalidad. En este texto intento presentarles justamente mi quehacer. Un trabajo que se ha vuelto una forma de vida, donde, siguiendo a Ivonne Bordelois, el centro es hacer una “escucha al lenguaje mismo... al habla que habla” (Bordelois, 2006, p. 17). Porque el espacio que se genera con las palabras nunca es un mundo cerrado, mucho menos lo es objetivo; por tanto, desde el simple escudriñar los meandros del lenguaje para encontrar los nexos entre su nacimiento y su uso cotidiano, el develar su historia y sus procesos de establecimiento, pero sobre todo, el crear y socavar metáforas, se vuelve, a mi parecer, una tarea fundamental.

Si aceptamos el supuesto de que el lenguaje construye realidades, podríamos de igual forma seguir a Rorty y aceptar que “si la filosofía tiene algún sentido, éste pasa por contribuir a crear un mundo más justo y menos cruel, proporcionando lo único que puede proporcionar la filosofía: nuevos relatos y nuevos vocabularios que *la gente* pueda usar” (Ibáñez, 2005, p. 158, énfasis en el original). Se trata, finalmente, de “curar la palabra misma con que tratamos de curar” (Bordelois, 2006, p. 20).

Para esto, la tarea que en este momento me he propuesto realizar es hacer una filosofía de la Psicología, muy en el sentido de mi lectura de Wittgenstein¹. Así, busco “interrogar el cuerpo de la palabra” (Bordelois, 2006, p. 9) desde la etimología y sus posibilidades hermenéuticas hacer “una arqueología de la sabiduría colectiva... (esa que se encuentra sumergida en la lengua)” (Bordelois, 2006, p. 18).

Debido a la indexicalidad inherente en el lenguaje, considero que el primer paso es ponernos de acuerdo. Más bien, delimitar de cierta forma la plataforma de significados que fundamentan mi apreciación del mundo, para después dialogar acerca de sus implicaciones. En este caso especial, me interesa relatarles la respuesta que encontré para la pregunta que en un principio me formulé: ¿Qué significa Psicología de la Liberación?

Existen muchas formas de abordar esta problemática. Una de ellas es recurrir a los textos que hablan del tema; pero eso es sencillo y no deja de ser una reproducción del conocimiento, “repetir sin añadir es quitar” (Fernández, 1994, p. 158). Y no es muy apropiado si tomamos en cuenta que el conocimiento se encuentra en continuo cambio. A mí, en este sentido, lo que me interesa es la construcción de conocimiento, es decir, crear

¹ 4.0031: “Toda filosofía es <crítica lingüística>.”

nuevas metáforas o nuevos significados para palabras olvidadas. Y en cuanto a la construcción de conocimiento desde la palabra encuentro dos formas: lo sincrónico y lo diacrónico, desde la perspectiva de Saussure.

Lo sincrónico hace referencia lo actual, al significado que en este momento se tiene del significante en cuestión; lo diacrónico hace referencia a la historia del significado, su génesis y sus transformaciones. Aunque para un estudio que tenga mayor utilidad práctica es necesario un análisis sincrónico, es decir, el significado cotidiano del término, no hablaré de ese análisis en este momento, pues al final de este congreso creo que bien podríamos llegar a esa conclusión entre todos. Pero tampoco haré un estudio diacrónico, pues el espacio aquí no es suficiente. Sin embargo, no está de más resaltar que es de suma importancia el conocer la historia que un término arrastra tras de sí, *bien lo dijeron en el encuentro del 2007: la memoria histórica funciona como una de las bases de la liberación.*

Mi relato, más bien, se encuentra en los orígenes, como lo mencioné en un principio, es hacer un trabajo arqueológico de las palabras. No es en sí un estudio diacrónico sino un estudio, valga la contradicción, de cuestiones sincrónicas ya pasadas, es decir, un estudio de momentos. Así, antes de entrar en un debate que supongo agudo sobre ¿qué es psicología? Me gustaría abrir otro sobre el concepto de liberación. Dejando al final las conexiones e imbricaciones.

Lo que más salta a la vista del significante liberación es que, en primer lugar, el sufijo *ción* lo convierte en un proceso. No se está hablando de libertad, sino del proceso de construir libertad. La Psicología de la Liberación no te dice dónde llegar sino que expresa un quehacer. El segundo punto que sobresale no puede no ir ligado a esto mismo, y es que el concepto liberación está expresado en femenino, la libertad, por tanto, es femenina. ¿Pero, qué es libertad?

Aquí cabría hacer un paréntesis: cuando me refiero a femenino o a masculino no estoy haciendo alusión a mujeres o a hombres, tampoco a roles socialmente impuestos; sino a formas -desde la perspectiva de la Psicología Colectiva-, es decir: a espacios que se desenvuelven en el tiempo. Esto es complejo de explicar en este momento por el tiempo y más aun porque lo sigo desarrollando; sin embargo cuando escuchen masculino o femenino en mi discurso olviden lo que saben, sus prejuicios, acerca de estos dos conceptos y traten sólo de sentir lo que quiero expresar. No escuchar, repito, sentir.

Retorno. Cuando menciono que el concepto de libertad es femenino, hago referencia a que la libertad es una forma de expresión de lo femenino -como la trasgresión, el erotismo, la seducción, etc.-. Lo que se encuentra dentro del espacio de lo femenino tiene la cualidad de ser primordial, dentro de un contexto de tiempo lineal; sin embargo, si nos movemos al tiempo que rige a la realidad, lo femenino surge en un segundo momento. A posterioridad, o aprés-coup como lo dijo Lacan.

Hay una analogía del mismo Lacan, el de 1960, que es la célebre sobre el frasco de mostaza y que puede ilustrar de mejor forma lo que intento expresar. Imagínense un espacio, solamente eso existe, un espacio. De pronto surge un frasco de cristal en ese espacio; el cristal es un material que crea el ser humano, hace las veces entonces del lenguaje y demuestra su poder creador. Con la aparición de ese frasco en el espacio se genera entonces un vacío que existía previamente al frasco, pero que no puede ser sino hasta la aparición de este último, es decir, no es sino hasta la aparición del lenguaje

(Braunstein, 1990, p. 64). El lenguaje sería lo masculino, el espacio primordial y el vacío que se genera a partir de la aparición del frasco sería lo femenino en sus dos tiempos, y, en este ejemplo, la mostaza que busca llenar ese vacío formado por el lenguaje sería las formas de expresión de eso femenino que es innombrable, porque el lenguaje no puede contenerlo, tan sólo puedo apuntarlo como ausencia de palabra.

Cuando menciono que la libertad es una expresión de lo femenino hago alusión a que no existe como tal hasta que surge algo posterior que la nombra, a pesar de ser espacio conformador. Eso posterior a lo que hago referencia es la esclavitud. Pues es con la aparición de la esclavitud que el concepto libertad aparece en el espacio lingüístico. Antes de la esclavitud no había libertad; pero después de la esclavitud la libertad se ha convertido en mito.

Por eso el hablar de liberación, no de libertad.

La liberación por eso es femenina, es un proceso, no una meta; la liberación es acción, no estado. Y el lenguaje está bien estructurado, para sustantivos abstractos (como libertad) que pueden llegar a ser resultados se utiliza el sufijo *miento*, que es masculino. Como agradecimiento, aburrimiento, sufrimiento. Que implican de igual forma un proceso, pero más que proceso en sí, hacen referencia a un método para llegar a una meta que está implícita en el sufijo *mentun* –del latín– que significa resultado. Entonces, ahí, no existe la libertad de proceso que surge en la liberación o en la trasgresión, sino el método preescrito mediante el cual puedes, por ejemplo, aburrirte o hacerte sufrir. Pero, otro paréntesis, cuando para el sufrimiento no existe un método, se le llama goce porque incide directamente en el cuerpo sin pasar por el lenguaje. Ahí el sufrimiento sí es femenino, por eso se le denominó *jouissance*. Son los problemas de la traducción.

Entonces, regresando, se cae en la cuenta que para comprender más a fondo el concepto libertad, se tiene que complementar con la comprensión del concepto esclavitud, pues uno no es sin el otro. La palabra esclavitud hace referencia a una condición de esclavo. Esclavo deriva de Esclavo, que a su vez deriva de *slob* que significa hablar. Lo cual hace referencia a las limitaciones que el mismo lenguaje nos impone. Pero la historia de palabra esclavo no termina aquí, su evolución tiene un sonido muy occidental.

Resulta que este concepto surge cuando, en la Edad Media, los alemanes conquistan las tierras del noreste europeo y se dedican al comercio de prisioneros de guerra. Éstos eslavos eran vendidos como esclavos, principalmente a la parte musulmana de España. Pero lo que hacía especial este comercio, es que todos los prisioneros eran castrados, muchos de ellos para servir de eunucos en algún harén, o, simplemente, para no presentar problemas. Con el tiempo, la mayoría de los esclavos pasaron a servir en el ejército y, los que sobrevivieron, ganaron su ciudadanía al cumplir su trabajo. Algunos de ellos, se dice, llegaron a desempeñar puestos políticos.

Situándonos en este momento, pareciera que el ser esclavo o, el no tener libertad, se representa como una castración, pero ahora sí, en lo real. En ese tiempo, pareciera que lo simbólico bajaba y se mostraba directamente en la carne. Y es aquí, cuando se une con las dos posibles raíces de donde proviene la palabra libertad: La primera viene del indoeuropeo *leudh*, que deriva del alemán moderno *leute*, que significa gente “libre” en probable distinción con el *volk* que en ese momento significaba gente guerrera. Ahora sabemos que *volk* significa pueblo, lo cual trae consigo, desde esa perspectiva, la reminiscencia de esclavitud o de la gente que va a la guerra, o, tal vez, de la gente que

trabaja. Recordemos que en la Grecia antigua, el trabajar con las manos era algo indigno, sólo hecho para los esclavos.

La segunda probable raíz de la palabra libertad es que esté emparentada con la palabra griega *lípto*, que significa desear. Y que estaría relacionada con la raíz germana *leuba*, de donde proviene *lieb* y *liebe*, amante y amor respectivamente. Desde esta lectura, la libertad tiene que ver con la libertad de desear. Del deseo existen dos posibles acepciones, una de ellas tiene que ver con la voluptuosidad. En este sentido, el esclavo, si este era su deseo, pues estaba literalmente impedido si quiera para buscarlo. Obviamente se pueden desear muchas otras cosas. Pero, entonces, una persona que no tiene libertad es aquella que no es dueña de su ser, y que su cuerpo o mente son posesión de alguien más, y por lo tanto el acto de desear se ve impedido.

En lo que respecta al deseo, viene aquí lo interesante. Todos sabemos que etimológicamente psicología significa el estudio de la *psyche*. Hasta ahí no hay ningún problema. Lo interesante es que se traduce el *logos* pero no la *psyche*, como dejando que cada uno la define como más le convenga. Así, psicología podría significar: el estudio de la mente, el estudio de la conducta, el estudio del inconsciente, de las relaciones, etc. Y nos libramos de problemas, para eso están los epistemólogos, no los psicólogos.

Pero cada una de estas definiciones tiene sus puntos ciegos. Chomsky, por ejemplo, hacía la analogía de que si llamáramos a la Psicología la ciencia del comportamiento sería igual que si llamáramos a la Física la ciencia de la interpretación de datos (Searle, 1972, p. 8). O, decir que la Psicología es la ciencia de la mente, primero, tendría la dificultad de delimitar el concepto de mente que, desde Descartes, no se ha podido hacer. Y no olvidemos que Kant sentenció fuertemente que la psicología nunca podría llegar a tener el estatuto de ciencia (Gardner, 1987, p. 75). La cuestión del inconsciente y las relaciones pecan también de fragmentarias.

Sin embargo, al entrar en las entrañas del concepto *psyche*, surgen algunas pistas:

“Su etimología nos arroja dos conceptos que Occidente ha estigmatizado: *psique* como *espíritu* y *psique* como *alma*. Ambos encasillados en el lado “oscuro” de la metafísica, o de la esoteria y la religión. Cuestiones que por nada del mundo “La Ciencia” debe de abordar y por tanto “La Psicología” tampoco, a pesar de ser cuestiones que han acompañado al ser humano casi desde sus inicios...

Ahora, al rastrear el significado etimológico de espíritu y de alma, resulta que ambos se engloban en el concepto de *aire*...

Aire, o viento, hace mención a lo que se podría ejemplificar mejor cuando se hace alusión al “soplo divino”, que es eso que *anima*, que da vida” (Gallardo, 2006, énfasis en el original).

Psyche significa, por lo tanto, “soplo de vida, aliento, alma, cosa amada, deseo... El alma no es, en la visión del lenguaje, un ente abstracto separado del cuerpo, sino el signo más evidente de su vitalidad: la respiración” (Bordelois, 2006, p. 97).

Damos cuenta que la *psyche* está viva, es un movimiento que se aliena en el acto de desear. Y “el deseo aparece (finalmente) como una forma de errancia o de carencia que delata la vulnerabilidad del deseante” (Bordelois, 2006, p. 121).

Espíritu, alma, deseo, movimiento, vida, errancia y vulnerabilidad son los conceptos que se anudan en la *psyche*. Por eso es que no se la define, ya quiero ver a algún positivista estudiar en un laboratorio de variables controladas alguna de estas cuestiones. Finalmente, yo, a la *psyche* la englobo en *lo humano*. La psicología, desde mi perspectiva, es el estudio de *lo humano*. La mente, la conducta, las relaciones, lo inconsciente forman parte de *eso humano*, más no lo son todo. *Lo humano* no es definible “dado que lo humano está precisamente en la continua redefinición de los límites” (Berardi, 2006, p. 135). Es movimiento.

Entonces, etimológicamente, es el deseo lo que une a la Psicología y a la Liberación. En una, como parte fundamental de su estudio, en la otra, como aquello que se ve impedido. Pero hablar de deseo, en este momento, se torna muy complicado, pues hay quien lo ve como carencia y quien lo ve como creación, por englobarlo de forma general. Y yo, hasta el momento, no he encontrado algo que pueda conjuntar las distintas versiones, puedo aventurarme a decir que podemos hacer de cierta forma aprensible al deseo sólo en cuanto a sus representantes, es decir, en los *actos de desear*, eso es en la acción y el movimiento. Pero esto será un trabajo posterior.

Sin embargo, es menester señalar que el mismo hecho de desear, que pareciera ser el representante por excelencia de lo subjetivo, no se encuentra libre de la influencia de la dominación:

“No es cierto que nuestro *auténtico deseo* lata por debajo de lo que lo constriñe y que podamos traerlo a la superficie rompiendo lo que lo constriñe; como tampoco es cierto que nuestra libertad se encuentre por debajo de lo que la oprime, y que ésta pueda brotar si eliminamos lo que la oprime” (Ibáñez, 2005, p. 136).

La prohibición construye al deseo, así como la esclavitud construye a la libertad. Pues es la dominación, en cualquier sentido, quien moldea los actos que buscan romper con ella. No se puede tener un deseo esencial de libertad, sino que este va a ser fundamentado por la opresión. No se puede desear lo que se tiene. De la misma manera, resultaría de interés el preguntarnos porque deseamos lo que deseamos.

Ahora, si me siguen, la Psicología de la Liberación, desde la perspectiva creada en este desarrollo, es el estudio de cómo es que el deseo propiamente humano se ha visto impedido, fracturado o limitado. Pero, obviamente, no se queda en un estudio simplemente, pues al dar cuenta de ello y, posteriormente, dar a conocerlo, se está haciendo un trabajo de reflexión que podría, en el mejor de los casos, modificar las cosas. Como dije en un principio: crear nuevos vocabularios que la gente pueda usar para no permanecer esclavizada, o por lo menos, saber que lo está pero que se vuelva una decisión personal el seguir estándolo.

Hasta este punto se podrían preguntar: ¿Y esto qué tiene que ver con el Espíritu AnarcoFeminista que versa como título de este texto? Para aclarar esto, primero tendría que hacer un breve desglose de lo que significan para mí estos tres significantes; pues es justamente en el entrelazamiento de sus significados, como se pudo observar con el anterior desarrollo, que se pueden entonces entender como metáforas.

El *Espíritu* al que hago mención en el título difiere en parte del *espíritu* que se presenta como una acepción de *psyche*. Aunque sustancialmente son lo mismo, el hecho de

presentarlo con mayúscula antepone un trabajo del término. Así el *Espíritu* hace referencia a:

“una inteligencia que no (está) depositada en los individuos, sino que (radica) en una manera de ser, una forma de pensar, un modo de vida, un humor ambiental, un clima, un ánimo y una disposición más bien propias de la situación y no de nadie en particular” (Fernández, 2006, p. 44).

Al hablar de este *Espíritu* ya no se hace referencia a eso que anima al sujeto, sino a eso que permea a lo colectivo, de igual forma, animándolo. Podríamos decir que es un cierto humor o un algo que se puede sentir, tal vez oler, pero para ello es necesario estar atentos y, por supuesto, fuera de él. Sino, nos pasaría como a Grenouille, cuando da cuenta, horrorizado, que todo tiene un olor menos él.

Es por ello que dar cuenta del *Espíritu* siempre plantea problemas, de principio porque es una construcción *a posteriori* que, generalmente, necesita de la creación de nuevas metáforas para su aprehensión. Al mismo tiempo, es necesario encontrar las relaciones que lo conforman, sus motivos y su velocidad. El *Espíritu* no es entonces *Espíritu* por sí mismo, y tal vez sea más verbo que sustantivo; a parte, tiene que estar acompañado de un adjetivo que, en este caso, lo modifica más en su forma que en sus propiedades.

Este adjetivo al que hago mención es el concepto *AnarcoFeminista*. Que a su vez esta compuesto por dos términos que bien pueden inferirse directamente: Anarquismo y Feminismo. Sin embargo no es así, la sintaxis utilizada tiene el fin justamente de eliminar esos *ismos* que tantos problemas me causan. Pero esta amputación tiene sus consecuencias: una de ellas, la que considero la más importante, es que torna al concepto indefinible.

Iré por partes. El sufijo *ismo* tiene dos posibles acepciones: a) una tiene que ver con la realización de una acción o proceso y b) la otra referencia más bien a una condición, estado, rasgo o peculiaridad. En griego se utilizaba para que los verbos infinitivos que terminaran en *ízein*, se volvieran activos. Un ejemplo “es *baptismós* ‘acción de sumergir’, (que viene) de *baptízein* ‘sumergir’” (Gómez, 1985, p. 391).

En este sentido, pareciera que no hay mucho problema con el sufijo *ismo*; sin embargo, es bien sabido que en la actualidad se le ha puesto un acento peyorativo. Una posible lectura es que, en el caso de los verbos, el *ismos* toma la forma de la primera acepción, la de representar un acción; pero, cuando lo que se antepone es un sustantivo, como en el caso de Feminismo, hace las veces de una condición, rasgo o peculiaridad, y por lo tanto, una posición diferente. Lo cual, literalmente, no es una cuestión alarmante; sin embargo, si contextualizamos la diferencia en el ambiente global que pretende la homogenización, bueno, las cosas se tornan diferentes.

Este es uno de los argumentos por los cuales yo evito utilizar en mi lenguaje esos *ismos*, podría parecer un tanto obsesivo pero hay que tomar en cuenta que “el lenguaje contribuye a mantener invisibles algunas de las relaciones de dominación y marginación que tienen lugar tras la superficie, aparentemente neutral, del orden establecido, de lo que se considera convencionalmente “correcto” o “normal.” (Islas, 2005, p. 21, énfasis en el original).

Ahora, ¿por qué utilizo el sufijo *ista* en vez del *ismo*? ¿Cuál sería la diferencia? El sufijo *ista* hace referencia a personas que hacen, que se adhieren o que se caracterizan por. A diferencia del *ismo* que representa un metanivel, un espacio superior; en el *ista* se encuentra el sujeto mismo, y por tanto, es indivisible de su responsabilidad como sujeto. Uno puede decir: Soy partidario del Anarquismo. Pero cuando existe algún cuestionamiento bien existe la salida de decir que es culpa del Anarquismo, de lo que propone, no de la persona que es partidaria de. Sin embargo, al decir: Yo soy anarquista, la responsabilidad y el acento recaen sobre el Yo, sobre el sujeto, no sobre un conjunto de convenios externos a él. De esta forma el “sin gobierno” no me constituye como sujeto, sino yo, sujeto activo, constituyo el “sin gobierno”. ¿Pero cómo se hace esto? Bueno, eso es una cuestión completamente diferente, pues ahí no existen reglas o definiciones, y es el sujeto mismo quien entonces va construyendo el camino.

Porque el hecho de definir o delimitar los pasos que seguiría el pensamiento anarquista, sería tornarlo en un Anarquismo y por ende, caer en contradicción. “Es menester, pues, considerar a la *anarquía* como un método” (Malatesta). “El Anarquismo *es una utopía o no es nada*” (Ibáñez, 2006, p. 149). Con el Feminismo pasa algo parecido; en vez de mantener lo femenino y construir a partir de eso, pasa a construirse como feminismo en el espacio de lo masculino, es decir, juega con las reglas del lenguaje y las limitaciones; entonces surgen toda una serie de ideas que terminan por tergiversarlo todo.

Pero ¿qué es esto femenino? Podría aventurarme y decir que tiene que ver con la vida como deseo, es decir, como libre movimiento; para lo cual necesitaría, obviamente, permanecer en un “sin gobierno”. Pero este es un nivel utópico. Lo que me gusta de esta metáfora es que esto utópico se representa en la acción del sujeto, y lo que lo anima y puede ser aprehensible de cierta forma, el *Espíritu*, forma parte de lo colectivo. Es la metáfora que une al sujeto y a lo colectivo en una acción permanente; es como decir que la única forma de estar en estos dos espacios disímiles es no estar realmente en ninguno, sino en los dos al mismo tiempo; y por lo tanto, no pertenece a ninguno.

Lo Femenino es una cuestión de Libertad, que se constituye sólo mediante las prácticas de liberación. Lo Femenino es ese espacio inaccesible, como lo es de la Libertad; es la encarnación de las metáforas de Tar o de Goddot. Es una forma, una acción, un movimiento que es por no ser estable, estático; es la capacidad de flexibilidad. No es un *ismo*, algo concretado; es siempre estar en la búsqueda de eso que jamás se va a encontrar, es resistencia.

*“Después de todo, estamos en guerra. Guerra infinita.
Y la guerra es el infierno.”
(Franco Berardi Bifo)*

Referencias bibliográficas

Berardi, F. (2007 –2008) Generación Post-Alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo. Bajo Tierra. Sísifo. México.

Bordelois, I. (2006). Etimología de las pasiones. Libros del Zorzal. Argentina.

Braunstein, N. (1990 – 2005). Goce. Siglo XXI. México.

Fernández, P. (1994). La psicología colectiva un fin de siglo más tarde. Barcelona: Anthropos.

Fernández, P. (2006). El concepto de psicología colectiva. Facultad de Psicología, UNAM. México.

Gardner, H. (1987). La nueva ciencia de la mente: historia de la revolución cognitiva. Paidós. Argentina.

Gómez, G. (1985 – 2006). Breve diccionario etimológico de la lengua española. FCE. México.

Ibáñez, T. (2001). Municiones para disidentes. Realidad-Verdad-Política. Gedisa. España.

Ibáñez, T. (2005). Contra la dominación. Variaciones sobre la salvaje exigencia de libertad que brota del relativismo y de las consonancias entre Castoriadis, Foucault, Rorty y Serres. Barcelona: Gedisa.

Ibáñez, T. (2006). ¿Por qué A? Fragmentos dispersos para un anarquismo sin dogmas. Anthropos. España

Islas, H. (2005). Lenguaje y discriminación. Cuadernos de Igualdad 4. México, DF.

Searle, J. (1972). La revolución de Chomsky en lingüística. Anagrama. España.

Wittgenstein, L. (1918 – 2007) Tractatus lógico-philosophicus. Alianza Editorial. España.

Textos electrónicos

Gallardo, T. (2006). El retorno posmoderno al Psicoanálisis.

Malatesta, E. La Anarquía

Páginas de Internet

<http://etimologia.wordpress.com/2006/11/30/libertad/>

<http://www.elalmanaque.com/noviembre/5-11-eti.htm>